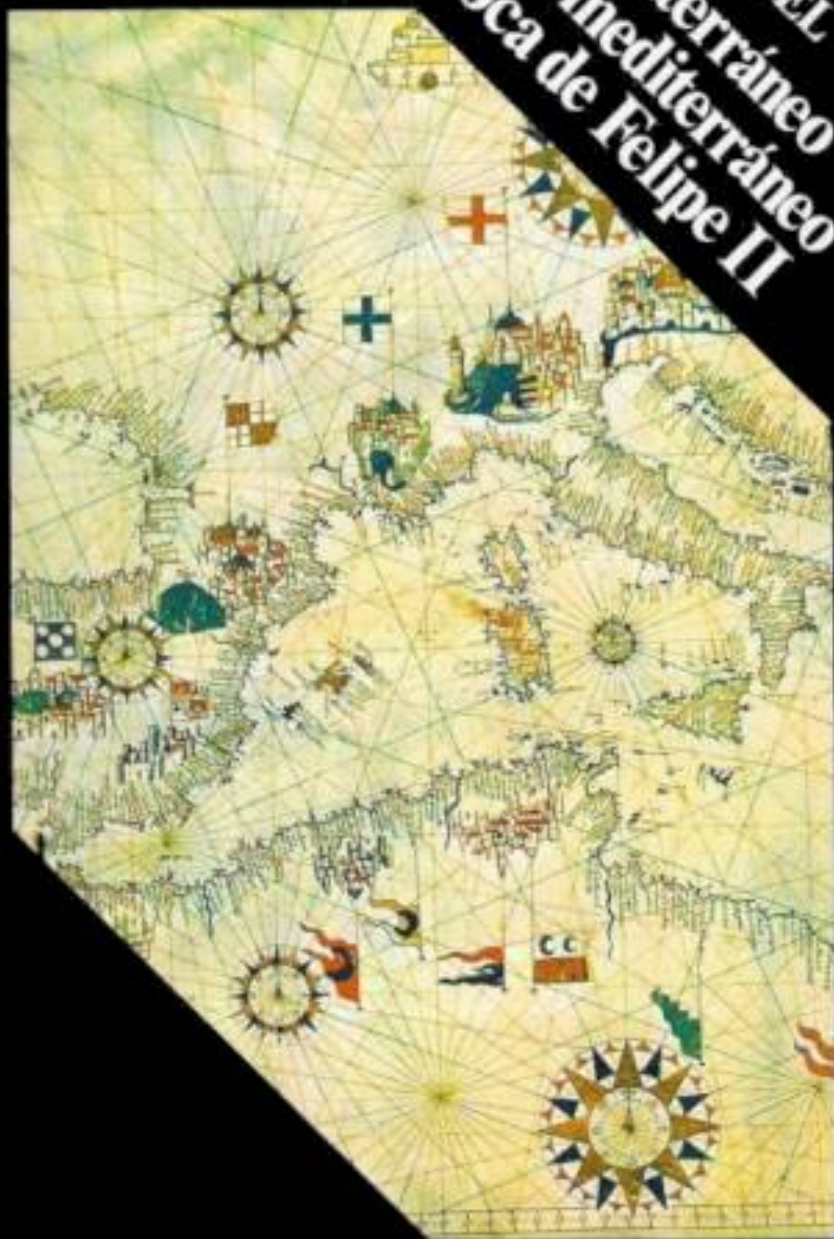


Fernand
BRAUDEL
**El Mediterráneo
y el mundo mediterráneo
en la época de Felipe II**



Portulano. Siglo XVI. Museo Naval, Madrid.

En las últimas décadas del siglo XVI, la fuerza de España se vio empujada de golpe hacia el Atlántico. Un poderoso movimiento bascular le llevaba del Mediterráneo al océano en que habría de defender su existencia amenazada. Interesarse por este, juego subterráneo de causas y efectos, por esta física de la política de España, equivalía a salirse de los cuadros tradicionales de la historia diplomática y estudiar el Mediterráneo en la dialéctica complejísima del espacio y del tiempo. Este libro, ya clásico, se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación del conjunto. La primera trata de una historia casi inmóvil, la del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha de ciclos incesantemente reiniciados. Por encima de esta historia inmóvil se alza, en un segundo nivel, una historia de ritmo lento: la historia social de los grupos y de los estados, de la economía y de las civilizaciones. Finalmente, la tercera parte es la historia de los acontecimientos, una historia de oscilaciones breves, rápidas, nerviosas. Se llega así a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, un tiempo social y un tiempo individual; planos que, superpuestos, no pretenden ser otra cosa que medios de expresión, gracias a los cuales pueden fijarse aquellas grandes corrientes subterráneas y, a menudo, silenciosas, cuyos sentidos solo se nos revelan cuando abrazamos con la mirada grandes períodos de tiempo. La presente edición es traducción de la segunda edición francesa, en la que se incorporaron revisiones muy importantes y muy extensas del texto original y se le dio una organización distinta. Algunos capítulos han sido redactados de nuevo de punta a cabo. El autor, eminente figura de la historiografía francesa, explica que en los quince años transcurridos entre la primera y la

segunda edición se habían planteado nuevas problemáticas que le obligaban a alterar la articulación mayor en torno a la cual se había estructurado toda la obra: la dialéctica entre la historia y la geografía. Además, la economía, las ciencias políticas, una determinada concepción de las civilizaciones y un estudio demográfico más atento fueron los puntos que le exigieron mayores modificaciones.

Se ofrece, pues, en este libro, no una mera reedición, mucho menos una reimpresión de la obra de Braudel, sino una verdadera reelaboración de su fundamental y apasionante fresco histórico sobre el Mediterráneo en el siglo XVI.

*A Lucien Febvre,
siempre presente,
en prueba
de reconocimiento
y afecto filial*

Este libro, dado su tamaño, se publicó en dos volúmenes. Aquí se han unido en uno solo.

Como son muy numerosas las referencias a distintas partes de la obra, tanto en el cuerpo del libro como en la notas y anexos, referenciadas por la página de la edición impresa, se ha optado por figurar en el margen el tomo y el número de la página.

Hasta nuestros días, no se ha descubierto en el Nuevo Mundo ningún Mediterráneo como el que hay entre Europa, Asia y África...

*J. Acosta, Hist. nat. de las Indias,
1588, p. 94.*

FIGURA 1. *Alturas y depresiones sobre y bajo el nivel del mar representadas con intervalos de 500 metros (mapa de Jacques Bertin).*

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN ESPAÑOLA

En la introducción y en la conclusión general de la edición francesa de esta obra, que se reproducen en esta, he tratado de justificar puntualmente su estructura general. El lector a quien interesen los problemas metodológicos puede atenerse a ellas. Le será fácil juzgar por sí mismo sobre lo atinado o lo peligroso de la solución adoptada. Si la nueva historia debe ser, como creo, una reconstrucción del pasado captado en toda su amplitud y en toda su complejidad, tendrá que incorporar en sus cuadros y explicaciones la obra entera, tan rica, de las ciencias sociales, sus vecinas. Por consiguiente, el historiador tendrá que ser, desde luego, historiador, pero también y a un tiempo economista, sociólogo, antropólogo y hasta geógrafo. En este alcance imperialista de lo social (en el sentido amplio de la palabra), no nos extrañemos de que el historiador encuentre ante sí dificultades en verdad insuperables que hacen que la realidad de la vida humana, tanto en el presente como en el pasado, deba captarse en talleres diferentes, por ciencias particulares, y abordarse, en suma, simultáneamente por varios lados. Ninguna inteligencia puede captar hoy la realidad social de una vez y en toda su viviente amplitud. [1-9]

Este libro presenta un triple retrato del prestigioso Mediterráneo del siglo XVI, pero las tres imágenes sucesivas, la de sus constantes, la de sus tardíos movimientos y la de su historia tradicional atenta a los acontecimientos y a los hombres, los tres aspectos se refieren, en realidad, a una misma y única existencia. El lector tendrá que combinar las sucesivas imágenes de este libro, y ayudar así al autor a reconstruir la unidad de un complicado destino, que solo le ha sido posible captar y evocar volviendo a él hasta tres veces. Era complicada una tarea consistente en sobrepasar los métodos habituales, en no conformarse solo con las falsas perspectivas de la historia tradicional y en buscar, en el movimiento eterno de la vida, lo que cambia con rapidez o con lentitud, a veces con demasiada lentitud.

Pero no quiero defender una vez más mi solución. [I-10] Conozco sus ventajas, que me sedujeron, pero no ignoro sus defectos ni sus riesgos. No todos los escollos –dicho sea en lengua marinera– han sido evitados. ¿Extrañará a alguien?

En el umbral de este libro (tan diferente en muchos puntos de su original francés, pues ha sido rigurosamente revisado y enriquecido), solo querría expresar con sencillez mi reconocimiento a todos los amigos mexicanos de origen o de adopción que han hecho posible la presente edición en español en la magnífica colección del Fondo de Cultura Económica. Mi reconocimiento se debe en primer lugar al director de tan importante editorial, doctor Arnaldo Orfila Reynal, y casi al mismo tiempo, al magnífico conocedor de la literatura y de la lengua francesa que es el profesor don Manuel Pedroso, a quien agradezco su cariño por este libro desde que apareció y que ha contribuido tan amistosa y eficazmente a su conocimiento. Por idénticas razones estoy agra-

decido al doctor Eduardo Villaseñor y al diligente bibliógrafo don Felipe Teixidor. No puedo olvidar tampoco la benévola atención que a mi obra y a mí mismo nos ha dispensado el profesor don Jesús Silva Herzog, el admirable maestro de la Escuela Nacional de Economía, el «buen maestro» de alma sensible, incansable en su misión de guiar a las inteligencias jóvenes y a los aprendices de todas las edades en el conocimiento de la economía y de México. Si una obra pudiera dedicarse dos veces, su nombre figuraría en la proa de este pesado navío.

Permítaseme agregar en esta lista los nombres de algunos otros queridos amigos a quienes evoco de buen grado en estas páginas preliminares para que sea venturoso el camino de mi libro a través de las tierras y los mares de lengua española: don Alfonso Reyes, a quien quiero y admiro; don Jaime Torres Bodet, a quien tanto deben la cultura hispánica y la cultura francesa; don José Miranda, el erudito especialista en el siglo XVI mexicano; don Arturo Arnaiz y Freg, mi joven colega de la Universidad de México, apasionado por la historia económica y social de su país; mi ilustre amigo el profesor don Pedro Bosch-Gimpera; mis jóvenes alumnos don Pablo González Casanova y don Ernesto de la Torre Villar, que por escucharme fueron a París. Gracias también a mis traductores don Mario Monteforte Toledo y el doctor don Wenceslao Roces; a la ilustradora doña Elvira Gascón; a don Francisco González Aramburo y a don Julián Calvo, que han contribuido entre todos a llevar a buen puerto un trabajo largo y difícil.

Me alegro de que mi libro sea una consecuencia de todos esos esfuerzos afectuosos y de que nazca bajo el signo de la amistad. Me alegro por mí mismo, pero también por mi patria y por mis colegas, los historiadores e intelectuales de Francia. En efecto, me [I-11]

parece indudable que los méritos de este libro, señalados por la crítica fuera de Francia, deben inscribirse en el activo del país donde he vivido y pensado, en el activo de una manera de pensar que no es exclusivamente mía. Suelo repetir lecciones aprendidas desde hace mucho, suelo prolongar ideas afines. Los defectos de esta obra, en cambio, deben cargarse exclusivamente en mi cuenta. Me alegro, pues, de que, por encima de mi persona, a través de este libro que he compuesto con cuidado y con cariño, algo del pensamiento histórico francés sea difundido por todo el universo hispánico, gracias al poder de difusión de esa casa activa, admirable y simpática que es el Fondo de Cultura Económica.

Fernand Braudel

México, 12 de noviembre de 1953

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA

[I-12]

Amo apasionadamente al Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros, he llegado a él desde las tierras del norte. Le he dedicado largos y gozosos años de estudios, que han sido para mí bastante más que toda mi juventud. Confío en que, a cambio de ello, un poco de esta alegría y mucho de su luz se habrán comunicado a las páginas de este libro. El ideal sería, no cabe duda, poder manejar a gusto de uno al personaje de nuestro libro, no perderle de vista un solo instante, recordar constantemente, a lo largo de todas las páginas, su gran presencia. Pero, por desgracia o por fortuna, nuestro oficio no tiene ese margen de admirable agilidad de la novela. El lector que desee abordar este libro como a mí me gustaría que lo abordase hará bien en aportar a él sus propios recuerdos, sus visiones precisas del mar interior, coloreando mi texto con sus propias tintas y ayudándome activamente a recrear esta vasta presencia, que es lo que me he esforzado en hacer en la medida en que he podido... Creo que este mar, como cada cual pueda verlo y amarlo, sigue siendo el más valioso de los documentos para ilustrar su vida pasada. Aunque no haya retenido más idea que esta de las enseñanzas recibidas de los geógrafos que tuve por maestros en la Sorbona, la he hecho mía con una tenacidad que da su tónica y su sentido a mi obra.

Tal vez alguien piense, y con razón, que otro ejemplo más sencillo que el del Mediterráneo me habría permitido destacar con mayor fuerza los nexos permanentes que unen la historia al

espacio, sobre todo si se tiene en cuenta que, visto a la escala del hombre, el mar interior del siglo XVI era aún mucho más vasto que en nuestros días. Es un personaje complejo, embarazoso, difícil de encuadrar. Escapa a nuestras medidas habituales. Inútil querer escribir su historia lisa y llana, a la manera usual: «nació el día tantos de tantos...»; inútil tratar de exponer la vida de este personaje buenamente, tal y como las cosas sucedieron... El Mediterráneo no es siquiera *un* mar; es, como se ha dicho, un «complejo de mares», y de mares, además, salpicados de islas, cortados por penínsulas, rodeados de costas ramificadas. Su vida se halla mezclada a la tierra, su poesía tiene mucho de rústica, sus marinos son, cuando llega la hora, campesinos tanto como hombres de mar. El Mediterráneo es el mar de los olivos y los viñedos, tanto como el de los estrechos barcos de remos o los navíos redondos de los mercaderes, y su historia no puede separarse del mundo terrestre que lo envuelve, como la arcilla que se pega a las manos del artesano que la modela. *Lauso la mare a tente'n terro* («Elogia el mar y quédate en tierra»), dice un proverbio provenzal. Por ello cuesta trabajo saber, exactamente, qué clase de personaje histórico es este Mediterráneo: necesitamos, para llegar a averiguarlo, poner en la empresa mucha paciencia, revolver muchos papeles y exponernos, evidentemente, a ciertos errores inevitables. Nada más nítido que el Mediterráneo del oceanógrafo, o el del geólogo, o el del geógrafo: trátase de campos de estudio bien deslindados, jalonados y marcados por sus etiquetas. No así el Mediterráneo de la historia. Cien advertencias autorizadas nos previenen y ponen en guardia: el Mediterráneo no es esto, ni es aquello, ni lo de más allá; no es un mundo que se baste a sí mismo, no un prado con lindes bien definidas. Desgraciado, diríamos nosotros, aleccionados por la experiencia, desgraciado del historiador que crea que esta cuestión prejudicial ni se plantea, que el Mediterráneo es un personaje histórico que no hay por qué definir, que se halla definido desde hace mucho tiempo, como algo claro y nítido, que cabe reconocer a primera vista y que podemos captar sin más que recortar la historia universal, siguiendo la línea de puntos de sus contornos geográficos. ¿De qué sirven estos contornos para nuestras investigaciones?

¿Podríamos, en efecto, escribir la historia de este mar, aunque solo fuese durante un periodo de cincuenta años, haciéndola detenerse, por una punta, en las Columnas de Hércules, y por la otra, en el pasillo marítimo cuyos bordes vigilaba ya la antigua Ilión? Y estos problemas del encuadramiento, los primeros que se nos plantean, traen en seguida consigo todos los demás: delimitar es definir, analizar, reconstruir y, cuando haga falta, elegir, incluso adoptar una filosofía de la historia.

Es cierto que tenemos ante nosotros, para ayudarnos en esta empresa, una masa portentosa de artículos, de memorias, de libros, de publicaciones, de estudios, unos de historia pura y otros, no menos interesantes, escritos por nuestros vecinos, los etnógrafos, los geógrafos, los botánicos, los geólogos, los especialistas en tecnología... No hay en el mundo ámbito mejor esclarecido, más cargado de humanidad, mejor inventariado que este del mar interior y el de las tierras iluminadas por su reflejo. Pero, hay que decirlo, aun a trueque de pasar por ingratos a los ojos de nuestros antecesores: esta masa de publicaciones abrumba al investigador como una lluvia de ceniza. Muchos de estos estudios hablan en un lenguaje pretérito, anticuado en más de un respecto. Lo que les interesa no es el vasto mar, sino tal o cual minúsculo trozo de su gran mosaico, no su extensa y agitada vida, sino los actos o los gestos de los príncipes y los ricos, un polvo de hechos menudos, que nada tiene que ver con la poderosa y lenta historia que a nosotros nos preocupa. Muchos de estos estudios necesitan ser revisados, reajustados para encuadrarlos dentro del conjunto, removidos para infundirles nueva vida.

No cabe tampoco trazar la historia de este mar sin el conocimiento exacto de las vastas fuentes de sus archivos. Tarea esta que parece superior a las fuerzas del historiador aislado. No hay, en el siglo XVI, Estado mediterráneo cuyos cartularios no estén, por lo general, repletos de documentos salvados de los incendios, de los sitios, de las calamidades de todas clases por las que pasó el mundo mediterráneo. Para inventariar y clasificar estas fuentes auténticas, para sondear estas minas del más bello oro histórico, harían falta, no ya una vida, sino veinte vidas, veinte investigadores, consagrado cada uno de ellos a esta tarea con su vida propia. Tal vez llegue el día en que no se

trabaje en las canteras de la historia con nuestros métodos de pequeños artesanos... Ese día, acaso sea dable escribir la historia general sobre los textos originales, y no, como hoy suele hacerse, sobre libros más o menos de primera mano. Huelga decir que, por muy amplio que mi esfuerzo haya sido en este punto, no he podido consultar, ni mucho menos, todos los documentos de los archivos que he tenido a mano; que mi libro se basa en una investigación forzosamente parcial; que sé de antemano que sus conclusiones serán revisadas, discutidas, desplazadas por otras, y que deseo que así sea. Así progresa y tiene que progresar la historia.

Por otra parte, y por su propia naturaleza, por sus realidades técnicas, por su situación cronológica poco favorable entre las últimas grandes llamaradas del Renacimiento y de la Reforma y esa época dura y ya de repliegue que ha de ser el siglo XVII (digamos también entre dos tajos de historia), el Mediterráneo de la segunda mitad del siglo XVI es, indudablemente, como escribía Lucien Febvre, «un tema engañosamente hermoso». ¿Hace falta señalar el interés que encierra? No creemos que carezca de utilidad saber qué sucede en el mar interior en los umbrales de la época moderna, en el momento en que el mundo deja de girar en torno de él, de vivir para él, con él y ajustándose a su ritmo. La decadencia inmediata de este mar y de este mundo, de que tanto se habla, no me parece un hecho probado; o, más exactamente, todo parece demostrar lo contrario. Pero, al margen de este drama, tengo para mí que todos los problemas planteados por el Mediterráneo son de una excepcional riqueza humana y que interesan, por tanto, a historiadores y no historiadores. Y creo, incluso, que estos hechos ayudan también a iluminar el tiempo presente, que no se hallan desprovistos de «utilidad», en el sentido estricto de la palabra, tal como Nietzsche la exigía de la misma historia.

No voy a extenderme más sobre el aliciente y las tentaciones que este tema encierra. Sus insidias, quiero decir sus dificultades, sus traiciones, ya las he enumerado. Añadiré, si acaso, otra, a saber: que no he podido contar, entre nuestras obras de historia, con ninguna que me brindara una guía segura. Un estudio histórico centrado sobre un espacio líquido encierra to-